

1,2,3
¡ CUÉNTAME!

¿QUIÉN ES MI PRÓJIMO?

¿Crees que es importante obedecer a Dios? ¿Sí? ¿No? En cualquier caso, eso es lo que nos pide. Este es el primer mandamiento que nos dio:

- Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas.

Y el segundo mandamiento, ¿lo conoces?

- Amarás a tu prójimo como a ti mismo.

Amar a mi prójimo, por tanto, es lo que Dios me pide. Pero ... mi prójimo, ¿quién es?

Ésta es la pregunta que un religioso, un doctor de la ley, le hizo a Jesús. Le respondió con una pequeña historia, una parábola. La encontrarás en el Evangelio de Lucas en el capítulo 10. Te lo vamos a contar ahora y luego podrás pensar en esta pregunta: ¿Qué puedo hacer por mi prójimo?

UN DESAFORTUNADO Y UN EXTRANJERO



Un habitante de Jerusalén decide hacer un viaje.

- Iré a Jericó. Es una ciudad muy agradable. Necesito llevar mucho dinero porque lo necesitaré.

Se pone las sandalias, coge su bastón, esconde cuidadosamente su dinero en el cinturón y se va. La región es desértica. ¡Sin casas! ¡Sin habitantes! Se siente muy solo.

- Realmente no me gusta este camino. Todavía vamos cuesta abajo y sigue zigzagueando. Desde que me fui, no me he encontrado con nadie. Es realmente desierto este lugar. En fin, debería llegar pronto.



De repente, alguien salta sobre él, son unos bandidos que se escondían detrás de un arbusto. Le golpean violentamente, le tiran al suelo, le arrancan la ropa, le quitan el dinero y se escapan, dejándole cubierto de heridas, medio muerto. No puede ni levantarse ni gritar. Está sin fuerzas. ¿Cuánto tiempo se queda ahí? Nadie lo sabe. Le parece oír pasos. Escucha con atención. Es alguien que anda por el camino.

- Ahí viene socorro, se dijo a sí mismo, recuperando el coraje.

El hombre que llega está vestido todo de blanco, es un sacerdote. Ve al hombre herido... ahora está muy cerca... se desvía, se va al otro lado del camino y se aleja sin mirar atrás.

El sonido de sus pasos desaparece y vuelve a ser el silencio. El abandono. Más tarde pasa otro viajero. Es un levita, un hombre que sirve a Dios en el templo.



- Espero que este levita me ayude, se dice el herido, no puedo quedarme así, estoy tan dolido.

El levita ahora está muy cerca de él. Echa un vistazo y la cabeza alta se aleja rápidamente, dejando al desafortunado en el camino. Pasan las horas, el sol se pone. El trote de un burro llama la atención del herido. Levanta ligeramente la cabeza.

- ¡Oh! ¡Es un extraño! ¡Un samaritano!

No me va a ayudar. Los judíos y los samaritanos no nos gustamos, nunca nos hablamos. Fingirá no verme y, como los demás, seguirá su camino y me dejará allí.

El samaritano lo vio de lejos, se compadece de él, le da pena.





- ¿Qué le pasó a este hombre? se pregunta. Ciertamente fue atacado, hay tantos ladrones y atracadores en esta zona. ¡En qué miserable condición lo dejaron! Si se queda aquí, morirá.

Se baja de su burro, se acerca al hombre herido y se inclina sobre él. Examina las heridas, las desinfecta una a una con aceite y vino, luego las cubre con vendas. El hombre herido se siente mejor, pero es incapaz de levantarse y caminar.

- No te voy a dejar aquí, le dice el samaritano, seguiremos juntos el camino.

Le levanta y le carga en su burro. Así que se ponen en marcha de nuevo, el samaritano caminando junto al hombre herido. Después de muchos esfuerzos, llegan a un albergue, donde pueden comer y descansar.



A la mañana siguiente, el samaritano paga al posadero, por él mismo, pero también por el hombre herido, y le da más de la cuenta.

- Debo continuar mi viaje, dice, pero te pido que te ocupes de este hombre. Dale de comer y continúa sanando sus heridas hasta que se cure. Te doy esta cantidad de dinero, pero si gastas más en él, cuando regrese te lo devolveré. ¡Ten cuidado de que nada le falte!

1, 2, 3, 4 ¡Y TÚ Y YO!

Jesús terminó su relato y, a su vez, le hizo una pregunta al doctor de la ley:

- ¿Cuál de los tres crees que ha sido el prójimo del hombre que fue víctima de los ladrones?

Lo descubriste, es el tercero. El doctor de la ley también dio la respuesta correcta:

- Es el quien se detuvo y se ocupó de él.

- Está bien! Jesús le dijo, pues, ve tú y haz lo mismo.

Entiendes, tu prójimo es el que está muy cerca de ti, tu padre, tu madre, tu hermana, tu abuela, tu amigo. Pero también es al que te acercas. Cuando te acercas a alguien, un amigo que está solo, necesitado, en problemas, enfermo, y le traes ayuda, pues, le muestras que amas a tu prójimo. Amar a su prójimo como a sí mismo, por lo tanto, no es solo decir buenas palabras: es ayudar, compartir, dar tiempo y dar dinero. En pocas palabras, es hacer a los demás lo que te gustaría que te hicieran a ti.

Así que hoy, mañana, ¿qué vas a hacer para demostrar a tu prójimo que lo amas? Si lo piensas bien, encontrarás muchas cosas que hacer. Hasta pronto.

4, 3, 2, 1 ¡Y NOSOTROS LOS PADRES!

Es en la familia donde los niños aprenden a amar de forma práctica desde pequeños. Debemos enseñarles a prestar un servicio, a compartir, a dar. También aprende con el ejemplo. ¿Estamos atentos a lo que sucede a nuestro alrededor? ¿Cómo miramos a los demás? ¿Los que nos son cercanos por vínculos familiares o amistades y los que nos son ajenos? ¿Cómo les expresamos nuestra bondad, nuestra compasión?

Animemos a nuestros hijos a obedecer el mandato de Dios y acompañemos les en sus esfuerzos porque no tienen la madurez suficiente para discernir situaciones que podrían ser engañosas o peligrosas. También tenemos el deber de proteger.

Finalmente, escuchemos este extracto del Salmo 41:

¡Bienaventurado el que se piensa en el pobre! En el día malo lo librá el Señor. Lo guardará y le dará vida, será bienaventurado en la tierra. Lo sustentará en su lecho de dolor, lo cuidará en su enfermedad.